

**“LA ALEGRÍA DE ENSEÑAR.
PARA UNA PEDAGOGÍA PO-ÉTICA”
DE MARÍA ISOLA SALAZAR BETANCUR**

Tomás Sánchez Amaya

Doctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud.

Post-doctor en Narrativa y Ciencia.

Director del Instituto de Estudios e Investigaciones Educativas

Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

tosamay@gmail.com

“La alegría de enseñar. Para una pedagogía po-ética” De María Isola Salazar Betancur

———— Tomás Sánchez Amaya

La obra: "La alegría de enseñar. Para una pedagogía po-ética"

El título de la obra: "La alegría de enseñar. Para una pedagogía po-ética" (Salazar, 2014), contiene cuatro palabras que, agrupadas en dos frases, sintetizan el contenido de la obra misma: la alegría, de enseñar, que se ordena a una singular concepción de pedagogía: po-ética.

1. La alegría de enseñar.

La primera, alegría, trae a mi memoria, al menos dos célebres títulos de cartillas con la cual algunos de nosotros aprendimos a leer: "Alegría de leer" (Quintana, 1930/1976) y "Nacho lee" (Susaeta Ediciones, 1974). En la primera, la alegría se manifiesta en los rostros sonrientes de niños y niñas que en desfile (hacia la escuela o hacia el pueblo) ondean tres banderas, vestidos con ropas de muy variados colores y tocando diversos instrumentos musicales (como si ir a la escuela fuera una gran fiesta); la segunda, Nacho –seguramente– vestido también con colores vivos (sombrero amarillo, camiseta roja y pantalón azul), sentado sobre el prado, lee su cartilla, en compañía de su perro, como si éste le estuviera pasando las hojas.

La palabra alegría me transporta a través del espacio, el tiempo, la memoria y la historia a aquellos años de escuela, de mi escuela primaria, en los cuales mis únicas preocupaciones podrían ser jugar, comer, dormir y hacer una que otra tarea escolar o doméstica, como ayudar a mi

padre en la labranza.

Pero alegría también me evoca, ya poniéndome un poco serio, otros términos como: regocijo, deleite, gracia, amenidad, belleza, fertilidad, abundancia, satisfacción, júbilo, gozo, agrado, gusto, regodeo, delicia, dicha, felicidad, risa, primavera, jovialidad, exultación, humor, chiste, entusiasmo, alborozo, optimismo, animación, euforia, diversión, esparcimiento, fiesta, juego, travesura, jolgorio, rapidez, vivacidad, animosidad, inteligencia, habilidad... Conceptos que, referidos a la obra de educar, dicen relación con el gozo de conocer (de aprender, de enseñar, de descubrir, de vivir), que Termier (1931) describe en la Enciclopedia Francesa de Filosofía.

Al invocar "Los recuerdos" en el texto, María Isola nos refresca la memoria al señalar que somos lo que la educación hace de nosotros y rescata la invaluable experiencia, aunque extraña, de escribir sobre o desde lo vivido, de relatar nuestra experiencia, "como estrategia para recuperar el pasado y aportar elementos para reflexionar sobre el sentido que el oficio de enseñar tiene en los momentos actuales" (p. 17). Las páginas que a lo largo del primer capítulo del texto remembran la experiencia escolar (en los diferentes niveles y ámbitos), constituyen una invitación cordial a que volvamos sobre nosotros mismos y, hasta donde los recuerdos nos lo permitan, escribamos, re-creemos nuestra propia historia, para convertirla en instrumental pedagógico que, con seguridad, nos permitirá encontrar nuestra humanidad y compartirla con los otros, más allá de los conocimientos y de las teorías.

Aunque el texto narra diversas experiencias negativas y hasta aterradoras: el primer día de escuela; la rutina cotidiana característica de los internados; las jornadas de vacunación; las interminables noches en vela, por el carácter de ultratumba, que en ocasiones parecía el internado; las clases de historia sagrada en que se

describían, minuciosamente, el fin del mundo, el juicio final, el infierno; los castigos por la mala conducta (como la cancelación de visitas); las clasificaciones entre buenas y malas, perezosas y diligentes estudiantes; el ingreso a carreras impuestas por voluntad de los padres (por aquello de la continuidad profesional); el método de memorización de nombres, fechas, acontecimientos...; las formas de evaluación, casi siempre reducidas a exámenes, hechas al parecer para “arrebatar el encanto” del conocimiento; el trabajo con profesores “desinteresados”, “superficiales”, “incumplidos”, “parciales”...; la práctica docente, en la cual, por primera vez, uno tiene la certeza de que lo aprendido en la Facultad es inútil para afrontar las problemáticas del aula de clase...; también alude una multiplicidad en la cual se evidencia el gozo de conocer: el aprendizaje experiencial, en la huerta de la abuela, con el maestro-tío Alfredo; sus conversaciones ventrílocuas con la vaca; “el olor a chocolate y pan recién horneado que inundaba el colegio”; los festejos a la Virgen y la decoración de su gruta, que parecía como si flotara en el aire “un olor a pureza que lo impregnaba todo”; las entrañables visitas de los familiares el primer domingo del mes; el gusto por las clases de español y los centros literarios; la selección de una carrera relacionada con la literatura, las letras y la filosofía; el encuentro directo con los autores y sus obras que reflejan las condiciones históricas, temporales, terrenales, la vida en su manifestación más plena; el encuentro con autores “prohibidos”; encuentro con maestros “dedicados”, “reflexivos”, “cumplidos”, “imparciales”, “contestatarios”...; el uso de estrategias pedagógicas para cautivar a los estudiantes; la selección de un “examen final” fuera de lo común, por ejemplo, la redacción de un cuento para ser leído ante los compañeros de clase (actividad a través de la cual pueden emerger experiencias como la de Benjamín, del cuento escrito con tinta invisible de un lapicero mágico); el interés por la pedagogía a partir de la reflexión sobre la propia experiencia y sobre la tarea que habría de desempeñar por tantos años en la Facultad de Ciencias y Educación de la Universidad Distrital.

El capítulo primero de la obra ofrece, pues, una rica experiencia de aprendizaje, de enseñanza, en últimas, de vida, que conjuga diversos momentos de esperanza y desilusión, alegría y tristeza, dicha y desdicha..., polaridades estas de las que está constituida la vida humana. A estas alturas, con seguridad, María Isola, nos lo deja ver su texto, ha encarnado en sí, aquélla que es una de las tesis

“[...] ofrece, pues, una rica experiencia de aprendizaje, de enseñanza, en últimas, de vida, que conjuga diversos momentos de esperanza y desilusión, alegría y tristeza, dicha y desdicha..., polaridades estas de las que está constituida la vida humana”

centrales de la magnífica epístola de Wilde (1897/1986), el sufrimiento da la conciencia al existir. “De mi primaria, —sostiene María Isola— [...] guardo bonitos recuerdos”.

Enseñar: El aquí y el ahora. Como ya se ha referido, los últimos 15 años, la profesora María Isola, los ha dedicado a la formación de docentes y a reflexionar sobre lo que ello significa, teniendo como fundamentos: la propia experiencia como formadora de profesores, su amplia experiencia escolar, lo aprendido de los estudiantes, la intención de hacer realidad una nueva educación y una nueva pedagogía, proclamada otrora como saber fundante de la formación de profesores.

Hilando diferentes ideas, teorías, corrientes de pensamiento y de la mano de diversos autores (Giroux, 2001; Duch, 2001; Mélich, 2000; Larrosa, 2005; Steiner, 2005, entre otros), la autora, a través del texto, aborda un profundo cuestionamiento acerca del modelo educativo (consumista, materialista, mercantil, neoliberal...) que paulatinamente ha venido instalándose en nuestras sociedades; modelo en el que lo pedagógico, lo humanístico, lo crítico, lo reflexivo..., en fin, lo que boga por lo trascendente, por los bienes y valores de la cultura, por la humanización del mundo, por la conquista de la libertad, la justicia y la solidaridad, debe ceder terreno a mercantilismo, a la productividad, a la eficacia, a la eficiencia, a la competitividad, a la ganancia material, a la sumisión, al individualismo... característicos de la sociedad de consumo.

Los modelos economicistas imperantes han despojado a la educación y a la pedagogía de las dimensiones éticas,

estéticas, políticas; incluso, han introducido un lenguaje instrumental, pragmático y utilitarista, en detrimento de lo po-ético, de lo bueno, lo verdadero, lo bello, lo sublime. Asimismo, los sujetos –partícipes de la acción educativa– han sido despojados de su condición de agentes autónomos, de cambio y transformación, para convertirlos en operarios del conocimiento, en técnicos especializados y piezas de un engranaje mayúsculo (el sistema educativo) en el cual, por ejemplo, el profesor “reducido a la categoría de operario calificado, es producto de la educación que ha recibido y, a la vez, reproductor de esa misma instrumentalización” (p. 39).

Al reflexionar sobre la responsabilidad y la grandeza del oficio de educar, María Isola, nos recuerda los perennes ideales de la educación a través de todos los tiempos: la areté, la virtud, el desarrollo pleno de todas las potencialidades y cualidades humanas, la auto-conquista, el ascenso a una auténtica humanidad; por cuanto los maestros, siguiendo a Steiner, deben ayudar a encender la llama del conocimiento en el alma de sus discípulos, avivar en ellos el deseo de saber.

La alegría de enseñar. Para una pedagogía po-ética, llama la atención acerca de un concepto de enorme relevancia, por su connotación, para el ejercicio magisterial, pero hoy completamente ausente del lenguaje académico, quizá por su relación con lo eclesial y religioso: la palabra vocación. “La vocación, señala María Isola, de la mano de María Zambrano (1995), se constituye como un llamado que invita a realizar una misión importante para la humanidad, que requiere sentido social, voluntad de servicio, disposición y entrega, condiciones que generan un vínculo entre el hombre y la sociedad” (p. 41). Sutiles

cambios en las formas de decir muestran el espíritu que se oculta en los usos mismos del lenguaje, otrora se decía orientación vocacional para referirse a la totalidad del sentido de la vida humana; hoy por hoy, se reduce esa orientación a la escogencia de una profesión u oficio, a su capacitación y a su desempeño en el ámbito laboral. Lo mismo puede predicarse del actual uso generalizado del concepto profesionalización.

En la educación, entendida como formación y no como mera fabricación (Meireau, 2000), el maestro debe ser consciente de que su misión consiste en “ayudar al estudiante a instalarse en el mundo, en la cultura donde ha nacido, es decir, ayudarlo a que se construya como sujeto en el mundo que habita”; ello coincide con el pensamiento de Pitágoras, para quien la educación no consiste solamente en dar carrera para vivir, sino también en “templar el alma para las dificultades de la vida”.

La enseñanza, nos recuerda María Isola, debe estar caracterizada por la resistencia, en tanto actitud ética y política, fundamentada en el pensamiento crítico y reflexivo cuyo resultado sea la superación de la dominación, la masificación, la cosificación, la alienación. Enseñar, en consecuencia, debe constituirse en la más pulcra de las acciones éticas, toda vez que el profesor debe estar “comprometido con el cambio social [y ser] capaz de recuperar la tarea fundamental de la educación, la cual es formar personas capaces de convivir con sus semejantes, de respetar los diferentes modos de pensar y de ser y de buscar el bien común” (p. 46). Asimismo, enseñanza e investigación deben conjugarse en el acto educativo, toda vez que el saber pedagógico se recrea y se nutre “de la experiencia acumulada en el oficio de enseñar”; ello supone un constante, permanente y riguroso ejercicio de reflexión sobre aquello que hacemos en nuestra práctica pedagógica.

2. Para una pedagogía po-ética

Es imperativo, para quienes desempeñamos el oficio de enseñar, re-conceptualizar, re-significar, re-orientar, re-flexionar acerca de la pedagogía y de nuestras prácticas pedagógicas, esto sería, como señaló Bachelard (1977), acudir a una pedagogía, a una filosofía del re, del no o del contra, para no dar por sentado que nuestros estudiantes adolecen de todo conocimiento pedagógico y que nosotros, los maestros, somos –más allá del ejemplo– quienes los vamos a instruir o a in-formar.

“Es imperativo, para quienes desempeñamos el oficio de enseñar, re-conceptualizar, re-significar, re-orientar, re-flexionar acerca de la pedagogía y de nuestras prácticas pedagógicas.”

“El acto pedagógico debe convertirse en un activador del deseo de saber mediante la generación de condiciones para que se mantenga inflamada la llama del conocimiento”

Re-significar la acción educativa implica la decisión radical de desterrar un conjunto de prácticas que se han instalado en la escuela: el desconocimiento de los saberes previos y acumulados de los estudiantes; la incoherencia entre el discurso y la acción de muchos docentes; las relaciones pedagógicas basadas en el poder y en el dominio; la resistencia ante preguntas y cuestionamientos que desalojan a los profesores de los lugares comunes; la costumbre de entender el aprendizaje como la réplica de contenidos; el excesivo poder de la evaluación que conlleva a que las buenas notas sean lo más importante; la indiferencia ante los problemas sociales y ante las circunstancias específicas de los demás; la constante desmotivación y desinterés por áreas de formación pedagógica en contraposición a lo disciplinar; el sentimiento de pseudo-profesionalismo que acompaña a la labor docente; el énfasis en lo competitivo para el beneficio de la empresa y del mercado; el despojo de la trascendencia que se ha operado sobre la educación; el sentimiento de incapacidad o de impotencia ante el devenir del ejercicio docente.

Este reordenamiento de lo fundamental demanda con urgencia

volver a considerar que la profesión docente requiere vocación, de unos saberes específicos, de una actitud altruista, de una capacidad para transformarse en sujeto político, sensible a un orden social injusto, y con suficiente disposición para lograr que sus estudiantes aprendan a comportarse como ciudadanos, en un mundo que requiere cada vez más nuestra participación libre y responsable (p. 51).

María Isola nos recuerda, siguiendo a Mélich (2002), que en el ejercicio pedagógico, el maestro debe recobrar su papel de guía espiritual; otrora considerarlo como tal “significó inscribir su labor dentro de lo sagrado”, pues su condición

se equiparó al de “el segundo padre o la segunda madre (...) ejerciendo una suerte de paternidad o maternidad social respectivamente” (p. 55). Más si, como sucedió antaño, se consideró a la escuela “como el segundo hogar”.

El texto, de manera apremiante, llama la atención acerca de la necesidad de recuperar la experiencia personal y escolar, para ponerla al servicio de la educación, del aprendizaje, de modo que potenciándola mediante la narración sea posible convertirla en herramienta de transformación, afianzando y recordando los mejores acontecimientos de la vida —y de la historia— y manteniendo en alerta a la memoria para que no se repitan los episodios trágicos de la humanidad. Sumado al rescate de la experiencia en tanto acontecimiento, el documento exige la reivindicación de la memoria y del testimonio, como medios de conservación del “carácter ético de la experiencia”.

Proponer una pedagogía po-ética es entablar un conjunto de relaciones con los otros, mediadas por la apertura, la disposición, la confianza, el respeto, la responsabilidad, de modo que la acción educativa se constituya en una acción ética, por cuanto en ellas están implicados sujetos que actúan, que son libres, que son conscientes, que son relacionales y cuyas acciones tienen necesariamente repercusiones mutuas. Un énfasis en la ética del cuidado, de la solidaridad, de la consideración, de la alteridad, de la compasión, de la hospitalidad..., en la educación, es la garantía de “la responsabilidad en la construcción de la propia humanidad y la de los otros” (p. 66). A estas teleologías ha de re-orientarse la práctica pedagógica; pues sin ética, como señalan Steiner y Mélich, toda acción educativa no es más que adiestramiento o adoctrinamiento. En el último acápite del “Aquí y el ahora”, María Isola se refiere al “deseo de saber”. Si bien, somos sujetos deseantes, nos aclara que en relación con el conocimiento, pese a lo señalado por Aristóteles, no habría una disposición innata e inmediata a aprender; de hecho, solemos decir “nuestros estudiantes no quieren aprender, no quieren leer”. El texto nos devuelve la reflexión para que examinemos si en nuestro ejercicio pedagógico enseñamos nuestros saberes o nuestro deseo por el saber, nuestra pasión por el conocimiento, que podría traducirse, remontándonos a Sócrates, en amor a la sabiduría. El acto pedagógico debe convertirse en un activador del deseo de saber mediante la generación de condiciones para que se mantenga inflamada la llama del conocimiento; cabe señalar que tal

“Uno de los elementos que le permitieron seguir en contacto con el sistema educativo [...], fue justamente el acompañamiento [...] que, como se ve en el texto, es magistral y maternal.”

responsabilidad es conjunta de todos los sujetos e instancias que intervienen en la educación.

El texto cierra, permítanme decirlo, con una especie de postre o, mejor, con un aperitivo, para que los lectores “nos vayamos leyendo” y tengamos la posibilidad de profundizar en esta propuesta sugerente de la pedagogía po-ética. Las lecturas sugeridas por María Isola tienen que ver con un profundo cambio en nuestros modos de concebir la relación pedagógica y la voluntad férrea de generar múltiples ambientes que, de diversos modos, favorezcan y potencialicen el aprendizaje. Así pues, Orientaciones para una clase (Meirieu, 2004); Lo que saben y hacen los mejores profesores (Bain, 2007); La educación Pública (Fernandez, 2002); y Los derechos pedagógicos (yo diría mejor, bienes pedagógicos), (Salazar, 2014); sumados a la magnífica e inagotable biblioteca que pueden ser nuestras prácticas, constituyen valiosísimos insumos para re-pensar nuestro quehacer formativo.

La alegría de enseñar en orden a una pedagogía po-ética conjuga diversos y muy valiosos elementos que son propios del acto educativo: la fatiga de los procesos de aprendizaje ligados indefectiblemente al gozo de conocer; la invitación a hacer de la educación una poesía, un acto de creación, una obra de arte; a considerar la irremediable relación entre ética, estética, poética y educación, pues todas ellas se ordenan a formación integral de los seres humanos, esto es, a la conquista de su humanidad.

Extiendo, en consecuencia, una cordial invitación para que hagamos diferentes lecturas de este sugerente y significativo texto y para que, como María Isola, abordemos procesos de reflexión sobre nuestra cotidianidad en tanto pedagogos y para que a través de la sistematización de estas experiencias

podamos ofrecer otras condiciones de posibilidad para la construcción de un mundo más digno, justo y esperanzador para las generaciones que nos han de suceder.

Unas palabras acerca de la autora.

María Isola, como bien lo reseña la solapa de su libro, ha dedicado su vida a la enseñanza: ha sido docente, pedagoga, maestra y ha ofrecido sus mayores, mejores y más fecundos esfuerzos a la obra de enseñar, fundamentalmente, en el ámbito de la educación superior.

Uso de entrada, de manera deliberada, las palabras: docente, pedagoga, maestra. Señalo que pese a mi corta estancia en la Universidad Distrital y al poco tiempo que he tenido de escucharla, de conversar con ella, de leerla..., puedo considerarla:

En primer lugar, docente, en la medida en que enseña, conduce, acompaña, apoya, alimenta, cuida, dirige, direcciona..., proceso, acciones y proyectos que van mucho más allá del aula de clase y que se ordenan a la formación integral de los futuros profesionales de nuestra Facultad. Pedagoga, en segundo lugar, porque en su ejercicio académico ha hecho de la pedagogía una experiencia de vida, en que solo a través de la educación es posible que el ser humano llegue a conquistar su auténtica humanidad; porque entiende la pedagogía como la mediación a través de la cual la educación rescata “la dignidad humana, el sentido de merecimiento, para que [los educandos] cesen de asumir culpas que no les corresponden y se construyan como ciudadanos, capaces de convivir con sus semejantes, de exigir sus derechos y cumplir sus deberes” (p. 31).

Es maestra, en el sentido referido por Steiner, toda vez que su acción se ordena a sembrar semillas de conocimiento en el corazón de sus discípulos...; porque en tanto maestra, hace realidad el intenso encuentro personal con el discípulo. A esta triada de conceptos habrá que sumarle el más sublime y significativo, porque dice relación primaria y directa con la educación: es madre. De hecho, su libro está dedicado a sus hijos Carlos Andrés, David y Catalina (p. v); además, al compartirnos sus experiencias y los recuerdos vividos en el lento y fatigoso pero provechoso camino del aprendizaje, dilucida experiencias de amor, de cuidado, de afecto..., propias del acto pedagógico, de la acción de enseñar y, por supuesto, de la condición de materner. Uno de los elementos que le permitieron seguir en contacto con el sistema educativo, sostiene la profesora María Isola, fue justamente el acompañamiento al proceso educativo de sus hijos –acompañamiento que, como se ve en el texto, es magistral y maternal.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bachelard, G. (1977). La formación del espíritu científico (23 ed.). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bain, K. (2007). Lo que hacen los mejores profesores universitarios. Valencia: Universidad de Valencia.
- Duch, L. (2001). La educación y la crisis de la modernidad. Barcelona: Paidós.
- Fernandez, M. (2002). ¿Es pública la escuela pública? Barcelona: Cisspraxis.
- Giroux, H. (2001). Cultura política y práctica educativa. Buenos Aires: Morata.
- Larrosa, J. (2005). Entre pedagogía y literatura. Madrid: Miño y Dávila.
- Meirieu, P. (2000). Aprender, sí, ¿pero cómo? Barcelona: Octaedro.
- Meirieu, P. (2004). En la escuela hoy. Barcelona: Octaedro.
- Mélich, J. (2000). Después de la modernidad. nuevas filosofías de la educación. Barcelona: Paidós.
- Mélich, J. (2002). Filosofía de la finitud. Barcelona: Herder.
- Quintana, E. (1930/1976). Alegría de leer (36 ed.). Bogotá: Voluntad.
- Salazar, M. (2014). La alegría de enseñar. Para una pedagogía po-ética. Bogotá: Caza de Libros.
- Steiner, G. (2005). Lecciones de los Maestros. Madrid: Siruela.
- Susaeta Ediciones. (1974). Nacho lee. Bogotá: Susaeta.
- Termier, P. (1931). El gozo de conocer. París: Desclée de Brouwer.
- Wilde, O. (1897/1986). De Profundis. New York: Penguin classics.
- Zambrano, M. (1995). La vocación de maestro. Málaga: Ágora.